3 1761 08831820 9

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BINDING LIST MAY 15

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

No. 6

MORIR POR NO DESPERTAR.

LEYENDA DRAMATICA DEL SIGLO XVI.

EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1879.

AUMENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Bodas trágicas	1	D. José Echegaray	Todo.
Como se empieza	1	Miguel Echegaray	»
Contra soberbia humildad	1	José del Castillo	»
El afan de bullir	1	Mariano Chacel	»
El amor y la sotana	1	J. y Tomás de Asensi	»
El arte de ser feliz	1	José Hernandez	»
El nudo corredizo	1	Enrique G Bedmar	»
El primer aniversario	1	José Nakens	»
El sargento y el patan	1	Cárlos Calvacho	»
El secreto del tio	1	Manuel Ossorio	»
El tio Anguilla	1	Antonio Rodriguez	»
Enmendar la plana á Dios	1	E. Zamora y Caball.°	»
En la portería	1	E. y A. de la Guardia y L. Arnedo	»
Entre dos Manzanos	1	Mariano Chacel	»
Jugar con la misma carta	1	Tomás de Asensi	»
Ganar perdiendo	1	E. Jackson Cortés	»
La bruja Celestina	1	Cárlos Calvacho	»
La locura de amor	1	E. Z. y Caballero	»
La más preciada riqueza	1	Franc. Flores García.	»
La perra de mi mujer	1	J. Jackson Veyan	»
La riqueza del trabajo	1	J. Jackson Veyan	»
La vecina de enfrente	1	J. G. de Lamadrid	»
Leonor	1	N. Diaz Escobar	»
Las dos bellezas	1	Leopoldo Parejo	»
Los sustos	1	Antonio Rodriguez	»
Morir por no despertar	1	José Echegaray	»
Llevar la corriente	1	F. Flores García	»
Peor que mi suegra	1	Eduardo Navarro	»
Perdido por mil	1	Navarro Gonzalvo	»
Por un pensamiento	1	N. Diaz Escobar	»
Quedarse zapatero	1	Ednardo Guillen	»
Quiebras del oficio	1	P. M. Barrera	»
¿Quién sobra?	1	N. Diaz Escobar	»
Rendirse á discrecion	1	Eduardo Palacio	»
¡Seis reales con principio!	1	J. Jackson Veyan	»
Soy yo	1	Salvador M.ª Granés.	»
Una chica alemana	1	E. de S. Fuentes	»
Una palabra empeñada	1	M. Baquero	»
Un defecto	1	Franc. Flores García.	»
Un episodio morisco	1	N. Diaz Escobar	»
Vaya un viaje	1	Pascual y Cuellar	»

MORIR POR NO DESPERTAR.

Luis Fermentino
DOCTOR
EN
MEDICINA Y CIRUJIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

Ta esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.

Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)

En el pilar y en la cruz, drama orígínal en tres actos y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática en un acto y en verso.

MORIR POR NO DESPERTAR.

LEYENDA DRAMATICA DEL SIGLO XVI,

EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

Representada por primera vez en el Teatro de APOLO la noche del 10 de Febrero de 1879.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1879.

año 1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ISABEL, condesa de Luna....	Srta. Contreras.
DON JAIME DE VILLENA, amante de Isabel.....	Sr. Vico (D. Antonio).
ROSA.....	Srta. Chaman.
PABLO, padre de Rosa.....	Sr. Altarriba.
DIEGO, criado de D. Jaime.....	Sr. Alisedo.
GASTON, criado de Doña Isabel.....	Sr. Moreno.

La escena pasa durante el reinado de Cárlos V, y en una casa ruinosa á orillas del mar.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesione de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico Dramática, titulada el Teatro, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA EXCMA.

SRA. DUQUESA VIUDA DE MEDINACELI,

En prueba de alta consideracion y verdadera amistad,

Echegaray.

ACTO ÚNICO.

La escena representa el salon bajo de una casa ruinosa, que se supone situada á la orilla del mar. Á la izquierda del espectador, y en primer término, una ventana; en segundo, una puerta. Á la derecha, en primer término, una chimenea con fuego; en segundo, otra puerta, y entre ambas, una puerta pequeña disimulada en el muro. En el fondo, una puerta grande á medio cerrar, y á cada lado una ventana. Cerca del hogar una mesa, y entre ésta y aquel un sillon de vaqueta. Todo debe indicar una gran miseria.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, PABLO.

Rosa aparece mirando por la ventana de la izquierda: Pablo sale algunos momentos despues.

PABLO. ¿Por qué, Rosa, de tus ojos
se desprenden limpias perlas?
¿Á quién busca tu mirada
sobre la playa desierta?
ROSA. ¡Ay, padre, que no lo ignoras!
PABLO. ¡Ay, que ignorarlo quisiera!
ROSA. Mandaste que no le viese,

y aunque la vida me cuesta,
obedecí tu mandato,
y aquí lloro mi obediencia,
que el corazon no comprende
crueldad, padre, tan extrema.

PABLO. ¡Juventud siempre insensata!
¡juventud siempre soberbia!
que del amor paternal
ni comprendes ni respetas
previsiones del cariño,
consejos de la experiencia.

ROSA. Luis es bueno!

PABLO. Luis es pobre!

ROSA. Su imágen mi pecho llena:
y del mar entre las brumas,
y del cielo entre las nieblas,
sobre las olas que marchan,
sobre la menuda arena,
á Luis mi esperanza busca,
á Luis llaman mis querellas,
que el corazon no comprende
tus prohibiciones severas.

PABLO. Tu amor, Rosa, sólo mira
el presente que nos cerca,
no adivina en lo futuro
ni dolores ni miserias.
Tus encantos ya marchitos,
ya de Luis la pasion muerta,
rosadas bocas que piden,
desnudos cuerpos que tiemblan,
un hogar en que no hay fuego
y un albergue que no alberga.

ROSA. Dios cuidará de nosotros!

PABLO. Dios castiga la imprudencia!

ROSA. Eras pobre, y de mi madre
amor obtuviste...

PABLO. ¡Cesa,
y no avives, insensata,
recuerdos que me atormentan!
¡Qué angustias, Rosa, qué angustias!
¡Qué tristísima existencia!
¡Siempre dolores y lágrimas,

y soledad y pobreza!
Esas desnudas paredes,
rotas en profundas grietas;
colgando sólo de un gozne
esa carcomida puerta,
que á cada impulso del viento
rechinando bambolea;
esas ventanas que miran
del mar la extension inmensa.
cual miran la eternidad
ojos que á cerrarse empiezan.
Y dentro sólos los dos,
y el mar y la playa fuera,
él rompiéndose en espuma,
ella en polvo ya deshecha.
Y cuando la tempestad
ruge terrible allá fuera,
ya envuelven mi pobre casa
olas que agitadas llegan,
cual blanco sudario envuelve
cadáver que va á la tierra,
ya en promontorios que suben
quiere enterrarme la arena.
(Señalando alrededor.)
¡Esta esplendidez en casa,
esos regocijos fuera,
puede ofrecer á tu madre
de mis amores en prenda!
¡Allá descansa en la orilla
bajo triste y tosca piedra;
si fué dichosa pregunta
á mi pobre compañera,
ó si entre el mar y la playa
no mataron su existencia,
él con húmedos vapores,
con sus soledades ella!

ROSA. Perdona, padre del alma,
si pude con ligereza
despertar en tu memoria
recuerdos de antiguas penas.

PABLO. Á mi edad sólo se vive
de recuerdos, que no quedan

ni mentidas ilusiones,
ni esperanzas halagüeñas.

ROSA. Pues yo, padre, en Dios espero.

PABLO. Haces bien, en él espera,
que yo tambien esperé,
y á pesar de mi pobreza,
cuando obtuve de don Jaime
esta mezquina vivienda,
sentí dilatar mi pecho
una esperanza suprema.

ROSA. (Ap.) (Veré si puedo apartarlo
del recuerdo de sus penas.)
(Alto.) ¿Decís de don Jaime, padre?
Yo siempre pensé que aquesta,
nuestra miserable casa,
del conde de Luna fuera,
que rotas armas lo dicen
labradas sobre la puerta.

PABLO. Es cierto que fué de Luna,
mas don Jaime de Villena
con su bondadoso ruego
logró que me la cediera.
Él hizo al fin cuanto pudo.

ROSA. Dios en su gracia le tenga.

PABLO. Don Jaime es un pobre hidalgo,
pero un alma más entera,
corazon más generoso
y una más limpia conciencia,
ni por España se estila
ni puede haber en la tierra.

ROSA. (Mirando por la ventana.)
Padre, recemos por él,
que ya la noche se acerca
y si en poblado viviéramos
la campana de la iglesia
á la oracion nos llamara.

PABLO. (Descubriéndose la cabeza.)
Por don Jaime de Villena.

ROSA. El fué nuestro bienhechor,
Dios en su gracia le tenga.

(Pausa. Rosa y Pablo rezan junto á la ventana: se oye, aunque muy apagado, el oleaje del mar. Co-

mienza á anochecer.)

PABLO. (Mirando por la ventana.)
El sol tras pardos celajes
hundióse en la mar inmensa.
Muere el crepúsculo triste.
Viene ya la noche negra.
Hija, entorna la ventana,
si puedes cierra la puerta,
y luz enciende en la lumbre
que dentro el hogar chispea.

(Rosa entorna la ventana de la izquierda y se dirige hácia una de las ventanas del fondo; pero en ella se detiene sin cerrarla, como si mirase algo en la playa. Pablo entre tanto se dirige al hogar.)

ROSA. Cosa más extraña!... ¡Mira!...
¡Á caballo un hombre llega!...

PABLO. ¿Á mis soledades gente?
¡Muy grandes serán sus penas!

(Se dirige lentamente á la ventana en que está Rosa.)

ROSA. Es el criado de don Jaime!

(Mirando por la ventana desde dentro.)

¡Diego!

DIEGO. Pablo!

(Pablo abre por completo la puerta y sale al umbral.)

ROSA. ¡Quién creyera!

ESCENA II.

ROSA, PABLO, DIEGO.

En el momento de entrar Pablo y Diego sale Rosa á traer luz; hasta el momento en que el diálogo indica que vuelve á presentarse.

DIEGO. (Quitándose la capa y arrojándola sobre una silla.)
¡Dios os guarde!

PABLO. Y él á vos.

DIEGO. ¿Extrañareis mi presencia?

PABLO. ¡Tras una tan larga ausencia...

DIEGO. Pues aquí me trajo Dios.

Aunque á decir la verdad,
y bueno es decirla, Pablo,
voy sospechando que el diablo
á tan triste soledad
me trajo en hora menguada,
que há dos minutos llegué,
y presumo que ya fué
una eternidad pasada.

PABLO. ¿Venís solo?

DIEGO. Compañía
á corta distancia viene,
y aún pienso que se detiene,
pues sólo le precedía
treinta pasos mi corcel.

PABLO. (Mirando por la ventana.)
Oscura llega la noche,
pero á lo léjos un coche...

DIEGO. ¿Coche decís? pues no es él,
que don Jaime, pobre hidalgo,
no viaja tan ostentoso,
y téngase por dichoso
si trajo con un buen galgo,
y una espada de valía,
un alazan cordobés
que le regaló el marqués
en la noche de Pavía.

PABLO. (Con sorpresa y regocijo.)
¡Viene don Jaime!

DIEGO. Y su ajuar;
espada, perro y caballo,
y pensad que lo que callo
es bien digno de callar.

PABLO. ¿Y qué busca?

DIEGO. Curacion.

PABLO. ¡Curacion en este yermo!

DIEGO. Está el pobre muy enfermo,
enfermo del corazon.
(Entra Rosa con una luz.)

ROSA. Luz.

DIEGO. ¡Quedéme deslumbrado!

ROSA. ¿Brilla tanto la bujía?

PABLO. Esta es Rosa, la hija mia.

DIEGO. Sois un padre afortunado.
PABLO. (Mirando por la ventana del foro.)
Mucho tarda!
DIEGO. (Volviendo el sillon hácia el fuego.)
Ya vendrá. (Sentándose.)
PABLO. (Desde la ventana.)
Ved que la noche es oscura.
DIEGO. Tiene la marcha segura
el caballo.
ROSA. (Ap.) (¿Quién será?)
DIEGO. Quizá las riendas echó
sobre el cuello del corcel,
que tras jornada cruel
fatigado se paró.
Y don Jaime distraido,
tal vez despierto soñando,
tal vez el pobre llorando
tendrá la espuela en olvido.
ROSA. (Acercándose á Diego con curiosidad)
¿Fué desdichado en Madrid?
DIEGO. ¡Cuanto un hombre puede ser!
ROSA. ¿Cuál la causa?
DIEGO. Una mujer.
ROSA. Pues contadnos.
DIEGO. Pues oid.

(Diego se levanta, y Rosa y Pablo se acercan. Es ya completamente de noche: la escena está iluminada por la escasa luz de la bujía y por el fuego del hogar.)

Aunque Villena es modesto,
y aunque es modesto su norte,
oficio no hubo en la córte,
ni hubo en la milicia puesto,
que mi señor no lograra
si lo hubiera pretendido,
que pasaba por valido
del buen marqués de Pescara.
Pero pobre y orgulloso,
soldado y no palaciego,
se comprende desde luégo
que no fué muy venturoso
en empresas de ambicion,

y que serlo no podía
quien en el pecho traía
un tan noble corazon.
Mas si no buscó caudal
ni buscó torpe privanza,
puso toda su esperanza
en un ángel celestial.
¡Y mal hizo, vive el cielo,
en remontar su querer,
porque tan noble mujer
nunca desciende hasta el suelo!
¡Pobre don Jaime Villena,
te fué adversa la fortuna,
que á la condesa de Luna
no le conmovió tu pena!
Era su amiga constante,
fué su hermana cariñosa,
mas no quiso ser su esposa,
ni tampoco ser su amante,
y así sujeto á su ley
fueron pasando los años,
hasta sufrir desengaños
de órden superior del rey;
que al fin la impuso marido
en el marqués de Baeza,
de antiquísima nobleza
y del monarca valido.
Súpolo mi buen señor,
á Isabel buscó demente,
clavó en su límpida frente
beso horrible de dolor:
salió al punto de palacio,
y buscando soledades
que aplaquen sus ansiedades,
y á sus dolores espacio,
hácia aquí volvió la cara,
hácia aquí rumbo tomó...
de nadie se despidió,
ni aun del marqués de Pescara.
Y aquesto os puede explicar,
por qué don Jaime Villena,
camina sobre la arena.

junto á la orilla del mar.

PABLO. Es historia triste, Diego.

ROSA. Tan triste como la mia.

PABLO. (Asomándose á la ventana; Rosa y Diego hablan en voz baja.)
Pero no viene. (Pausa.) Diría
que aquel ondulante fuego
que miro cruzar allí,
en las sombras de la noche,
es la linterna del coche
que cuando llegásteis ví. (Á Diego.)
¿Pero á dónde se encamina?

DIEGO. Pues no le auguro buen viaje,
si se parece al que traje
al bajar de la colina.
Cruzamos el lodazal
que llena todo el barranco;
despues tomamos de flanco,
y con agua hasta el pretal,
y con el viento de frente
en la playa nos metimos:
¡lo que en la playa sufrimos
que lo cuente quien lo cuente.
(Asomándose á la ventana con Pablo.)
Ó se atasca ó vuelca el coche
en el lodazal; preciso.

PABLO. Me parece que diviso
en las sombras de la noche...

ROSA. (Desde la ventana.)
¡Mira, padre,... mira, es él!

PABLO. Es don Jaime!

DIEGO. Sí... Villena!

ROSA. Ya se escuchan en la arena
los pasos de su corcel.
(Salen precipitadamente Pablo y Diego.)

ESCENA III.

D. JAIME, ROSA, PABLO, DIEGO.

Entra D. Jaime y detrás Pablo y Diego. D. Jaime vestirá segun la época, pero de negro, y vendrá envuelto en la capa. El actor interpretará este momento como crea conveniente, pero dando al carácter de D. Jaime una profunda tristeza.

DIEGO. ¿Estais fatigado?
JAIME. No.
PABLO. ¿Y buena jornada!
JAIME. Sí.
ROSA. (Ap.) (¡Qué palidez!)
JAIME. (Ap.) (¡Ay de mí;
no logro olvidarla yo.)
DIEGO. (Acercándose á D. Jaime.)
Podeis desceñir la espada...
(D. Jaime se quita maquinalmente la espada y se la entrega á Diego, que la pone sobre la mesa.)
JAIME. (Volviéndose á los demas personajes.)
¿Qué esperais?
PABLO. Si algo quereis...
JAIME. (Con dulzura.) Amigos, no os molesteis,
yo no necesito nada.
DIEGO. (Acercándose á D. Jaime é indicándole el broche de la capa.)
¿Si abriérais, señor, el broche?
(Se quita D. Jaime la capa maquinalmente tambien y se la entrega á Diego.)
Arriba cama os espera.
JAIME. Alegre brilla la hoguera:
aquí pasaré la noche.
PABLO. ¡Pero, señor, por piedad!...
ROSA. ¡Con esa puerta...
JAIME. Os lo ruego:
á dormir me brinda el fuego;
¡necesito soledad!
(Pablo y Diego cierran las ventanas y la puerta del fondo y salen con Rosa, dejando la espada y la luz sobre la mesa.)

ESCENA IV.

D. JAIME, sentándose al lado del fuego.

Pausa. Se oye á lo léjos el oleaje del mar y pasan silbando algunas ráfagas de viento.

¡Y cómo la traidora sonreía,
si alguna vez, por mi pasion cegado,
la mano le cogía,
y un beso enamorado
en su mano gentil, loco imprimía!

—

¡Y cómo la traidora me miraba,
y con ojos cuán dulces y cuán bellos,
si alguna vez mi mano acariciaba
de sus blondos cabellos
los rizos que la brisa desataba!

—

¡Y con cuánta fiereza me seguía
su mirada anhelante,
si en alguna mujer sólo un instante,
y desdeñosa y fria,
fija encontraba la mirada mia!

—

¡Y cómo si una lágrima bajaba
por mi mejilla en mi febril anhelo,
llorando me miraba,
y mi doliente lágrima enjugaba
con el blanco cendal de su pañuelo!

—

¡Y cuánta palidez bajo mis labios
pude mirar demente
cuando al partir dejé de mis agravios,
como sello candente,
un beso de dolor sobre su frente!

—

¡Y cómo, si jamás ha de ser mia,
la muerte á Dios imploro;
y cómo en mi agonía,
por más que lucho y lágrimas devoro,

cobarde como un niño más la lloro!

—

(Ocultándose el rostro con las manos. Pausa. Vuelven á oirse de cuando en cuando el mar y el viento: rechina la puerta.)

Se confunden mis ideas,
el cansancio me domina,
pero siempre peregrina
me persigue esa mujer.
¡Cuánta luz hay en sus ojos!
¡Me parece que los veo!
¡Ilusiones del deseo,
no aumenteis mi padecer! (Pausa.)
(Vuelven á oirse el mar y el aire.)
¡Qué tristes lamentos!
¡Qué triste paraje!
¡Y cómo el oleaje
se escucha sonar!
En esa ceniza
apenas hay brasa!
Qué triste es la casa!...
¡Más triste es amar! (Pausa.)
Ella viene;
se detiene;
¡Ya me mira!...
¡Ya suspira!...
¡Qué rubor!
¡Cuánto amor!

(Se queda dormido. Vuelve á soplar el viento y á oirse el ruido del mar. Las ráfagas de viento van aumentando y una de ellas arranca la puerta con estrépito y abre de golpe las ventanas.)

JAIME. (Despertando.)
¿Quién se acerca? ¿Quién es él?...
(Mirando á su alrededor.)
El viento arrancó la puerta.
En mal hora me despierta:
soñaba con Isabel!
¡Y con cuánta claridad
en mi sueño la veia!
¡Cuán dulce me sonreia!
¡Era la misma verdad! (Pausa.)

Con esta idea en la mente
yo voy á volverme loco!...
Otra vez y poco á poco
vienen sombras á mi frente.
(Se queda dormido.)

ESCENA V.

D. JAIME, durmiendo al principio, ROSA, PABLO y DIEGO, que entran cuidadosamente por una de las puertas laterales.

DIEGO. Fué el estrépito espantoso!
ROSA. (Acercándose á D. Jaime.)
Sin embargo, está dormido.
PABLO. Vino el pobre tan rendido!
DIEGO. Vino hambriento de reposo.
PABLO. Esta lumbre está ya muerta!
(Aviva el fuego de la chimenea: entre tanto Rosa observa con curiosidad á D. Jaime, y Diego reconoce la sala.)
¿Qué era el ruido?
ROSA. Qué sé yo?
DIEGO. Es el viento que arrancó
de sobre el gozne la puerta.
¡Y qué paso habrá llevado!
(Mirando al exterior.)
¡Pues señor, vaya un portillo
que nos abrió en el castillo
ese huracan condenado!
PABLO. ¡Si pudiéramos cerrar!...
DIEGO. Ya la noche será corta.
ROSA. Pero don Jaime...
DIEGO. ¿Qué importa?
Lo primero es descansar.
Bien le lograron curtir
los aires del campamento,
y por más que sople el viento
no dejará de dormir.
PABLO. No turbemos su reposo.
(Pablo y Diego se dirigen á una de las puertas laterales. Rosa entorna las ventanas.)
DIEGO. (Deteniéndose.) Precaucion será fundada

que nos llevemos su espada,
pues á veces espantoso
sueño de muerte le agita;
se levanta, corre fiero,
y con el desnudo acero
sangriento combate imita.

PABLO. ¿Con su rival riñe?

DIEGO. Sí,
hasta que por fin le acierta.

(Mientras se pronuncian los últimos versos Rosa se dirige á la mesa y toma la espada, pero se le cae de las manos.)

JAIME. (Con gran enojo y poniéndose en pié.)
¿Quién otra vez me despierta?...
¿Y quién me atormenta así?
. . . . . .
¡Busco silencio y reposo,
pido siempre soledad,
y nadie tiene piedad
de mi suplicio espantoso!
¡Despierto todo me hiere,
todo en sueños me bendice;
parece que algo me dice
«¡para ser dichoso muere!»
¡Es mi dicha una ilusion
que al despertar toma vuelo,
y ni este pobre consuelo
le dejais al corazon!
(Á Rosa.) Mira, niña, yo soñaba
que por fin la prenda mia
á esta soledad venía,
porque á mí tan sólo amaba.
En su mejilla el rubor
pintaba matices rojos,
y brillaban en sus ojos
dulces promesas de amor.
Iba á ser por fin mi esposa!...
junto á la orilla del mar
se alzaba humilde un altar!...
¡y, Dios santo, cuán hermosa!...
Es imposible, lo sé;
pero soñando lo cre

y pues tanto lo deseo,
dejame mi pobre fé.

ROSA. Ni acierto ¡ay, Dios! qué deciros,
ni encuentro excusa que daros,
que mucho temo enojaros
y mucho más afligiros.

DIEGO. Por vuestro cuidado fué.

PABLO. No ha sido la culpa suya.

JAIME. (Á Pablo.) ¿Esta niña es hija tuya?
(Pablo hace un movimiento afirmativo.)
Perdon si la maltraté.

ROSA. La pena que os he causado
el corazon la concibe,
que quien de ilusiones vive
con ellas habrá soñado.

DIEGO. (Á D. Jaime en voz baja.)
Es desgraciada en amor;
tambien imposibles llora;
es pobre quien la enamora
y halla en don Pablo rigor.

JAIME. Perdona, niña hechicera,
si he sido injusto contigo.
Al cielo doy por testigo,
que si en mi mano estuviera,
y aunque mucho me costara
vencer á la suerte dura,
tus ensueños de ventura
en realidades trocara.
Y ya dejadme dormir,
que otra vez quiero soñar.
¡Mal haya mi despertar,
que es despertar á sufrir!

PABLO. (Ap.) (¡Qué corazon! ¡cuánto vale!

DIEGO. ¡Y qué injusta la fortuna!

ROSA. Mas injusta es la de Luna.

DIEGO. ¡No hay ninguno que le iguale!)
(Salen Rosa, Pablo y Diego dejando otra vez la espada sobre la mesa. La escena continúa iluminada por la luz y por el hogar.)

ESCENA VI.

D. JAIME.

¡En esta casa Isabel (Mirando alrededor.)
pasó sus años primeros:
aquí miraron sus ojos,
sus ojos azul de cielo;
aquí resonó su voz,
voz de divinos acentos!
Ya comprendo vuestras ruinas,
vuestros destrozos comprendo,
la vísteis, y no la veis,
la perdísteis cual la pierdo. (Pausa.)
Saltó la puerta en pedazos;
bien hizo en romperla el viento,
así de la roja lumbre
el resplandor á lo léjos
dará rumbo á los que siguen
de la playa los senderos.
Yo á mi norte dí la espalda,
ya luz ante mí no tengo,
y voy caminando á ciegas,
y por las sombras penetro
con luto en el corazon,
con luto en el pensamiento,
que si á tinieblas luchamos
y mis dolores revuelvo,
ventaja os llevo á los dos,
negra noche, mar inmenso,
y daros puedo más sombras
que hay sombras en vuestros senos.
(Mirando por la puerta)
Allí cerca de la playa
fulgura un rojo lucero;
en mí, noche, no verás
ni aún ese punto de fuego,
que sólo una luz brillaba
y las espaldas le vuelvo.
Alma, sigamos soñando:
materia, sigue durmiendo:

y busquemos ilusiones,
pues realidades no tengo.
(Vuelve á sentarse en el sillon en actitud de dormir.)
De aquella vieja ventana,
(Señalando á la ventana de la izquierda.)
entre listones de hierro,
un roto vidrio quedó
respetado por el tiempo;
y ese vidrio en sí refleja
aqueste rojizo fuego,
y de la noche en las sombras
finge otro rojo brasero.
Como pobre vidrio roto
viene á ser mi alegre sueño
que luces que fuera brillan
transporta á mi pensamiento;
como oscura está la noche,
oscuro está mi cerebro:
¡en él finge luminarias
roto cristal de mi sueño! (Queda dormido.)

ESCENA VII.

D. JAIME durmiendo, ISABEL, GASTON, por el fondo.

ISABEL. Al fin llegamos, Gaston.
GASTON. Gracias á ese rojo fuego
que entre las sombras brillaba
como del norte el lucero.
Pero el coche y los caballos
y el infelice de Pedro
se quedaron en la playa.
ISABEL. Que allá vuelvas será bueno.
GASTON. (Alarmado.) ¿Y vos, señora?
ISABEL. No temas:
esta casa en otro tiempo
fué de mi padre. Pasé
aquí mis años primeros,
y la conozco, Gaston,
más que sus actuales dueños.

GASTON. ¡En buen estado se encuentra!
ISABEL. Mi padre cedió á los ruegos
de don Jaime, si yo mal
esta historia no recuerdo,
y á un infeliz la entregó.
GASTON. Pues entónces será bueno
que me acompañe á sacar
de ese horrible atolladero
nuestro carruaje.
ISABEL. Mal puede
darte ayuda un pobre viejo.
GASTON. (Reparando en D. Jaime.)
Mirad, señora!... ¡Don Jaime!
ISABEL. (Acercándose á él.)
¡Jaime, Jaime!... ¡Dios del cielo!...
(Á Gaston.) Vete pronto!
GASTON. (Ap.) (¡Claro, «vete!»
Como ella se queda...)
(Alto.) Pero
observad que...
ISABEL. (Mirando con afan á D. Jaime.) Dejame.
GASTON. Avisaré.
ISABEL. No, silencio.
GASTON. (Mirando por la puerta y resistiéndose á salir.)
La noche es mala!
ISABEL. Gaston,
pues yo vine, considero
que puedes volver tú solo.
Vete al instante.
GASTON. Obedezco.
(Ap.) (¡Caprichos de enamorada!
¡La soledad! ¡Y el encuentro!
¡Y la sorpresa... y el diablo!
¿Quién me mete en tal enredo?
Volvámonos á la playa,
quiero decir, al infierno!) (Sale Gaston.)

ESCENA VIII.

D. JAIME durmiendo, ISABEL.

ISABEL. (Mirándole con ternura.)

¡Pensaste que no te amaba,
que no te correspondía,
que porque el rey lo mandaba
yo mi corazon daría
á un hombre á quien despreciaba!

—

No comprendiste mi amor,
mi silencio no entendiste;
¡tú, mi dueño y mi señor,
y aquí muriendo viniste
á morirte de dolor!

—

Á prueba puse tu fé,
puse á prueba tu nobleza;
pero muy léjos llegué,
y voy juzgando fiereza
lo que prudencia juzgué.

—

¿Nunca, mi dueño, pudiste,
alzando el ligero tul
con que mi rostro se viste,
ver tu rostro noble y triste
dentro mi pupila azul?

—

Si tu mano alguna vez
hizo de mis trenzas juego,
¿no viste mi palidez,
y que sin embargo fuego
circulaba por mi tez?

—

Pues si mi mano cogías
y desnuda la besabas,
¿dí, Jaime, nunca sentías
que toda me estremecías
cuando tus labios posabas?

—

Y si en alguna mujer
se paraba tu atencion,
¿no viste mi padecer?
¿Aquellas miradas son
de indiferencia ó placer?

—

Mi amor te quise ocultar;
pero si esperado hubieras,
que por tí voy á dejar,
ántes, ingrato, supieras,
familia, nombre y hogar.

—

Y al separarme de tí,
bajo tu beso de amor,
no, Jaime, no te seguí,
porque á tus plantas caí
traspasada de dolor.

—

JAIME. (Entre sueños.)
¡Esa es la voz de Isabel,
eso me dicen mis sueños,
y en un despertar cruel
esos fantasmas risueños
se marcharán en tropel!
(Pausa. D. Jaime sigue durmiendo, pero con sueño agitado y pugnando por despertar. Se oye el silbido del viento y un ruido fuerte en el interior de la casa.)

ISABEL. Vienen! Me van á encontrar!
¡Despues, ahora no!... ¡Dios mio,
yo sola quiero gozar.
perdona mi desvarío
de su dicha al despertar!

—

Si ocultarme consiguiera...
JAIME. (Soñando.) Su voz no escucho!... la pierdo!...
ISABEL. Hácia aquí... (Buscando en el muro.)
JAIME. ¡Vana quimera!...
ISABEL. Que hay una puerta recuérdo...
JAIME. Y despertar no quisiera!

ESCENA IX.

ISABEL, D. JAIME, ROSA.

Isabel halla en el muro la puerta secreta que buscaba y la abre.

ISABEL. ¡Al fin!... Volveré. Perdona,

¡Jaime! Adios. (Acercándose mucho á Jaime.(

JAIME. (Despertando.) ¡Ella! ¡Sí,
su aliento he sentido aquí!
(En el mismo momento en que Doña Isabel se oculta y en que D. Jaime despierta y se levanta con ímpetu, se abre la puerta y aparece Rosa.)

ROSA. (Asustada.) Por mi divina patrona,
que otra vez le desperté!

JAIME. (Cogiendo á Rosa por un brazo.)
¿Quién en tu casa se esconde?
Responde, niña, responde.

ROSA. (Atribulada.) Nadie.

JAIME. Me engañas!... Lo sé!

ESCENA X.

D. JAIME, ROSA, PABLO, DIEGO.

Los dos últimos entran precipitadamente trayendo luz

ROSA. ¡Pronto, padre!... ¡Pronto, Diego!

DIEGO. ¿Qué ocurre, señor?

PABLO. ¿Qué pasa?

JAIME. (Á Pablo.) ¿Á quién tienes en tu casa?
La verdad: yo te lo ruego.

PABLO. Señor, á nadie!

JAIME. Mentira:
aquí vino una mujer.

DIEGO. (Ap.) (¡Infeliz, se va á volver
loco por completo!)

JAIME. (Con ansiedad y dulzura.) Mira,
Pablo, mi buen Pablo, yo
en otro tiempo por tí
hice cuanto pude.

PABLO. (Con emocion.) Sí.

JAIME. ¿No lo has olvidado?

PABLO. (Lo mismo.) No.

JAIME. Yo te dí casa, ¿no es cierto?
Sin mí tu esposa querida,
y Rosa que era tu vida,
en la playa hubieran muerto.
¡Pues esto, Pablo, no es nada!

¡Mucho más á darte voy!
Lo sabes, rico no soy;
pero aquí tienes mi espada.
Es herencia de mi padre,
¡y vale mucho, lo juro!
¡al morir, su labio puro
en ella puso mi madre!
(Se detiene dominado por la emocion y por la lucha que interiormente le agita.)
¡Pero no importa, ya es tuya!
(Obliga á Pablo á que la coja.)
Ademas, mi perro vende:
pobre animal, en Ostende
salvó mi vida la suya.
Toma con él mi alazan:
es prenda de gran valía:
me la regaló en Pavía
Pescara mi capitan.
Si no basta, como esclavo
al turco me vendéré,
y á tu Rosa reuniré
dote tan grande, que al cabo,
dando tregua á tu rigor,
mires su dicha cumplida:
¡y la salvarás la vida,
porque se muere de amor!
¡Esto y más haré por tí!
¡En cambio, quiero saber,
do se oculta la mujer
que veló mi sueño aquí!
(Con dolorosa súplica.)

DIEGO. (Ap.) (El infelíz ya delira!)

PABLO. Conmigo, señor, vereis
la casa entera, y podreis
convenceros que os inspira,
con su vago fantasear,
un ensueño fatigoso.

JAIME. ¡No, que mi sueño es hermoso,
lo terrible es despertar!

PABLO. Sois de esta casa señor.

JAIME. (Ap.) (Pudo haberme precedido.
y pudo haberse escondido

para observar mi dolor.
Todo es posible en lo humano:
es la mujer veleidosa,
es Isabel muy hermosa
y el corazon un arcano!)
(Alto.) La casa vamos á ver
paso á paso y piedra á piedra:
el cansancio no me arredra:
la verdad quiero saber.

DIEGO. (Ap.) (¡Pobre don Jaime; no tiene
su enfermedad curacion!)

ROSA. (Ap.) (¡Qué bueno y qué corazon!)

PABLO. (Ap.) (¡Infeliz!)

JAIME. (Á Pablo.) ¿Qué te detiene?

PABLO. Pues venid.

JAIME. Ó puedo poco,
ó yo con mis ojos veo
si es realidad mi deseo
ó si soy un pobre loco.

(Salen D. Jaime y Pablo, llevándose éste una de las luces.)

ESCENA XI.

ROSA, DIEGO.

ROSA. ¡Qué desventura la suya!

DIEGO. ¡Infeliz! ¡Y qué buen amo!

ROSA. Como se quedó tan triste
cuando solo le dejamos,
yo, por interés, por lástima,
y tambien, á qué negarlo,
por curiosidad, bajé
poco á poco y paso á paso.

DIEGO. ¿Y estaba durmiendo?

ROSA. No.
Lívido, desencajado,
frases extrañas diciendo,
hácia mí siempre mirando,
en sus ojos fuego ardiente,
sobre sus mejillas llanto;
así á don Jaime encontré,

y fué encuentro desgraciado.
Quise gritar y no pude,
sujetóme fiero el brazo,
y tal era mi dolor
y era tan grande mi espanto,
que hasta pensé que aquel muro
se agitaba desquiciado
y que risas contenidas
vagaban por el espacio.

DIEGO. Pobre Rosa, tambien tú
sufres el triste contagio,
que siempre sueñan despiertos
los que están enamorados.

ROSA. Soñar es, Diego, la vida
para el que vive penando.

ESCENA XII.

D. JAIME, ROSA, PABLO, DIEGO.

PABLO. La casa habeis visto ya,
y en ella no habeis hallado
más que soledad, tristeza,
escombros y desamparo.
¿Dudas os quedan? Decid,
os lo suplico.

JAIME. (Distraido.) No, Pablo.

PABLO. ¿Y por fin, señor, estais?...

JAIME. Despierto y desengañado.

ROSA. (Ap.) (Á dios gracias, se calmó.
¡Y qué bueno y qué gallardo!) (Pausa.)

JAIME. Al venir, sobre la playa,
en un oscuro peñasco,
que es afrenta de las olas
y del arenal escándalo,
una tosca piedra ví
y una pobre cruz de palo.
¿Quién bajo la triste piedra
duerme en lecho funerario?

PABLO. ¡Mi esposa, señor!

ROSA. ¡Mi madre!

JAIME. Pues por esa tumba, Pablo,
vas á jurarme que á nadie,
á nadie me has ocultado.
DIEGO. (Ap.) (¡Y dijo que estaba ya
en todo su juicio!... ¡Vamos!...)
PABLO. Lo juro, señor, lo juro.
JAIME. (Con enojo.) ¡Idos ya!
DIEGO. Y al fin y al cabo,
quedais convencido?...
JAIME. Sí.
(Se dirigen todos, ménos D. Jaime, á la puerta)
Esperad.
DIEGO. (Se detienen.) Pues esperamos.
JAIME. (Á Rosa.) ¿Amas con el corazon?
ROSA. ¡Con el alma!
JAIME. ¿Mucho?
ROSA. ¡Tanto,
que palabras yo no tengo
con que poder explicarlo.
¡Es mi amor!...
JAIME. (Rápidamente.) Sí, ya lo sé.
¿Ves este anillo en mi mano?
Era de Isabel: un dia
ella misma... Yo divago:
¿qué te importan mis amores,
ni qué te importa mi llanto!
ROSA. ¡Señor!...
JAIME. Escucha: ya es mio,
pero yo te lo regalo;
y si á Isabel lo presentas,
cuanto le pidas en cambio
te dará. Vas á ser, niña,
al fin dichosa.
ROSA. (Tomando el anillo.) ¡Dios santo!
JAIME. Es muy rica, y es muy buena,
y me quiere como hermano.
ROSA. ¡Y cómo podré, señor,
en mi pequeñez pagaros?
JAIME. ¿Quieres saberlo? Pues bien,
puedes pagarme jurando
que á nadie en tu casa ocultas,
que no hay traicion, ni hay engaño!

ROSA. Lo juro, señor, lo juro.
JAIME. Idos ya. (Con enojo.)
PABLO. Señor, nos vamos.
DIEGO. ¿Y quedais por fin?...
JAIME. (Distraido.) Ya ves:
despierto y desengañado.
DIEGO. (Ap.) (Eso pronto lo veremos.)
PABLO. (Á Diego ap.) (¿Qué dices?
DIEGO. (Á Pablo.) Digo que malo!)
(Salen llevando una de las luces.)

ESCENA XIII.

DON JAIME, despues ISABEL.

D. Jaime cierra todas las puertas y todas las ventanas segun el monólogo lo indica, manifestando la excitacion febril que le domina.

JAIME. Cierro esta puerta. Tambien
esta cierro.
(Se detiene sujetándose la cabeza con las manos.)
Á mi turbado
cerebro siento subir
en oleaje tumultuario
sangre y más sangre. Mis ojos
no ven crespon enlutado,
que ven doquiera los pliegues
de inmenso y rojizo manto.
Calma dame, corazon,
que en mis pensamientos ardo,
y para vencer fantasmas
necesito ver muy claro. (Pausa.)
Tambien las ventanas. Sí...
ya está todo asegurado:
la puerta yo la defiendo.
(Se coloca delante de la parte del fondo, que habrá quedado constantemente abierta desde la escena IV.)
Y vamos averiguando
si mis ensueños de dicha.

si mis fantasmas livianos,
son delirios de mi mente,
ó son ¡ay! dulces engaños.

(Queda en pie en el umbral de la puerta y mirando al exterior.)

ISABEL. Al fin solos: ya se fueron:
por vez primera mis labios
«te adoro,» van á decirle,
y de vergüenza me abraso.
¡Cuánta luz da la bujía!
¡Cuánta luz los inflamados
tizones del rojo hogar
esparcen por el espacio!
Con ese brasero basta,
que sus reflejos dorados
al carmin de mis mejillas
darán fondo ménos claro.

(Apaga la luz y queda la escena iluminada tan sólo por la lumbre del hogar.)

ESCENA XIV.

ISABEL, D. JAIME.

D. Jaime mirando al exterior y apoyado en el quicio de la puerta: Isabel en primer término de modo que la ilumine la luz del hogar.

ISABEL. Aquí te espera cruel
quien te busca y bien te ama!
¡Jaime!

JAIME. ¡¡Su voz que me llama!!

ISABEL. ¡Jaime!

JAIME. (Volviéndose hácia ella y reconociéndola.)
¡¡Dios santo, Isabel!!

(El actor interpretará este momento como considere oportuno, pero sin acercarse á Isabel.)

¡Ilusion de mis sentidos,
que envuelta en reflejos rojos,
así fascinas mis ojos

y fascinas mis oidos!
¡Divino y flotante ser,
móvil capricho del viento,
á quien da mi pensamiento
la forma de una mujer!
¡Inconcebible vapor,
que de mi pecho emanado,
los contornos ha tomado
de la prenda de mi amor!
¡Otra vez vienes aquí:
otra vez tu voz suspira!
¡la verdad y la mentira
son iguales para mí!

ISABEL. Jaime, tu espíritu calma
y entre mis brazos reposa,
son los brazos de tu esposa
que te quiere con el alma.

JAIME. ¡Sigue, fantasma risueño!
¡Sigue: lo mismo decía
la mujer que ántes venía
á velar mi triste sueño!

ISABEL. No, Jaime, no es ilusion;
no es delirio de tu mente:
¡mis labios puse en tu frente,
y en ellos mi corazon!
¡La córte, Jaime, dejé:
al rey desobedecí;
familia y nombre perdí;
porque en tí solo pensé!

JAIME. Loco estoy y estoy ya ciego:
¡lo mismo, ay Dios, escuchaba
cuando tranquilo soñaba
sentado allí junto al fuego!
¡Y fué todo una quimera;
y se deslizó el encanto;
y hallé en mis mejillas llanto,
y soledad por doquiera!
¡Isabel, no más sufrir:
un beso por compasion
y de la noche un giron
en que envolverme y morir!

ISABEL. ¡No ves, Jaime, mi rubor,

y entre mil reflejos rojos,
no miras brillar mis ojos
con el fuego del amor!

DIEGO. ¡Don Jaime!

(Desde fuera y golpeando en la puerta.)

ISABEL. ¡Vienen!

JAIME. ¡Es cierto!

(Ap.) (¡Todo ilusion habrá sido!
No me encontrarán dormido,
pero tampoco despierto. (1)
(Con voz reconcentrada.)
No ves que sólo es soñar?...
¡No tema el pudor agravios!...
(Isabel desde léjos le envía un beso cuyo crugi se oye.)
Fué sombra!... Beso sin labios!!
No volveré á despertar!!
(Se hiere en el pecho y cae muerto.)

ISABEL. ¡Por el Cristo de la Cruz!

(Nuevos golpes á la puerta.)

Jaime, Jaime, vida mia! (Corriendo á él.)
¡Y su mano siento fria!
¡Sangre, sangre!... ¡Pronto luz!
(Corre á la puerta y la abre.)

ESCENA XV.

D. JAIME muerto, ISABEL abrazándole, ROSA, PABLO, DIEGO, GASTON rodeando á ambos.

DIEGO. Señor!

PABLO. ¡Don Jaime!

ISABEL. ¡Cruel!

PABLO. ¡El infeliz está yerto!

ROSA. ¡Imposible!

ISABEL. ¡Jaime!

DIEGO. ¡Muerto!

ISABEL. ¡Y muerto por Isabel! (Pausa.)
¡Jaime, si en la tumba helada
un resto queda de amor,
no temas, no, mi señor,

(1) Isabel, dulce quimera,
fantasma de una ilusion,
un beso por compasion,
un beso para que muera.

y espera á tu desposada! (1)

PABLO. ¡Pobre don Jaime Villena,
te fué adversa la fortuna,
que á la condesa de Luna
al fin conmovió tu pena!
Fuiste infeliz desdeñado
y era tan negra tu suerte
que te sorprendió la muerte
la noche que fuiste amado.
Y por fin de tanto amar
¡pobre don Jaime Villena,
dormirás bajo la arena
junto á la orilla del mar!

---

(1) En la representacion conviene mucho que concluya el drama con esta redondilla suprimiendo lo que dice Pablo.

FIN.

202191 LS
E184i

Author Echeg ray, José

Title Iris de paz. etc.

DATE. NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU